

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA LUNA DE MIEL.

La luna de miel del capitán Herbel duró justamente el tiempo que duró la paz de Amiens.

Nos engañamos, duró algunos días más.

Diez y más historiadores os dirán si queréis cómo, cuándo y por qué se rompió el tratado de 1802.

Yo sólo puedo deciros cómo terminó la luna de miel de nuestro digno capitán.

Mientras duró la paz, todo fué á las mil maravillas en casa del capitán. Adoraba á su mujer, dulce y amable como un ángel. Adoraba á su hijo que decía, y acaso tenía razón en decirlo, que era el más hermoso muchacho, no tan sólo de Saint-Malo, sino de toda la Bretaña y aun de toda la Francia. Era, pues, el hombre más dichoso del mundo, y si no hubiera habido guerra, este estado pacífico y quieto hubiera durado indudablemente meses, años,

siempre tal vez, sin que una sola nube hubiese empañado la serenidad de su cielo.

Pero la tempestad se estaba formando hacia el lado de Inglaterra. El gobierno inglés había firmado la paz á la fuerza y contra su gusto.

Había sido preciso para ello que la coalición del emperador Pablo I con la Prusia, Dinamarca y Suecia derribase al ministerio Pitt, é hiciera nombrar al orador Addington primer lord del Echiquier.

Desgraciadamente esta paz no existía más que en la apariencia: el asesinato de Pablo I hizo caer la clave de la bóveda: quejaronse los ingleses de que la Francia evacuara demasiado lentamente á Roma, Nápoles y la isla de Elba: la Francia se quejaba de Inglaterra; no evacuaba del todo á Malta y Egipto.

Bonaparte, con el fin de estar prevenido á cualquier evento, preparaba una expedición para la isla de Santo Domingo.

El barómetro político marcaba guerra inminente.

Desde que aquella expedición, aunque en proyecto todavía, había devuelto á los puertos franceses esa febril agitación que precedía á las guerras marítimas, el capitán Herbel se mostraba agitado, inquieto y nervioso.

La vida de familia no se había hecho para aquel carácter aventurero: era para él una de esas floridas islas del Océano, en que un marino puede hacer una aguada más ó menos larga, pero nada más.

El verdadero elemento del capitán era la mar; la mar, que habiéndole mecido cuando niño, le reclamaba ya hombre como una amante celosa, y lo atraía hacia sí á pesar suyo. De alegre que hasta entonces se había mostrado, se volvió triste y pensativo: informábase de todos los buques

del día en que comenzarían de nuevo las hostilidades ; pasaba los días en el punto más alto de la costa, perdida la mirada en la doble inmensidad del cielo y del agua.

Teresa, que parecía ver y entender con él y por él, notó este cambio, y durante largo tiempo no supo á qué atribuirlo. Aquel mal humor, aquella sombría taciturnidad, eran tan extraños á las costumbres y hábitos de su esposo, que la causaron espanto, aunque nada le habló de ellas.

Comprendía sin embargo que le sería preciso más tarde ó más temprano tener una explicación, cuando una noche se despertó sobresaltada por los furiosos gritos y los desordenados movimientos del capitán.

Sonaba éste que se hallaba peleando y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡ Á ellos !... ¡ á ellos !... muchachos ; ¡ mueran los ingleses ! ¡ Viva la república !...

El combate era encarnizado, y al cabo de algunos segundos, acabó sin duda como el del Cid : por falta de combatientes.

El capitán, que medio se había levantado, dejóse caer de nuevo sobre la almohada murmurando.

— ¡ Arria ! ¡ arria el pabellón, perro inglés ! ¡ Victoria ! ¡ victoria !

Y volvió á dormir tranquilamente.

Entonces comprendió todo la pobre Teresa.

— ¡ Oh ! sin saberlo, dijo, me acaba de descubrir la causa de su tristeza y de su mal humor. ¡ Pobre Pedro ! Permanece por mi prisionero en su casa, enjaulado como un león, y destrozándose por salir de su jaula. ¡ Ay ! demasiado comprendo que esta vida tranquila no se ha hecho para ti, Pedro mío. Te hace falta el espacio, el cielo sobre

la frente, bajo los pies el mar. Necesitas las tormentas y las batallas, la cólera de los hombres y la cólera de Dios. Nada había visto ; nada había comprendido ; nada había adivinado. Perdóname, mi querido Pedro.

Y Teresa esperó el nuevo día con mortal angustia.

Por fin amaneció.

— Pedro, dijo con voz que trató de hacer firme y segura, te fastidias aquí.

— ¡ Yo ! respondió Pedro admirado.

— Sí.

— ¡ Bah ! no te figures eso.

— Pedro, jamás has mentido : sé siempre para mí franco y leal como un marino.

Pedro balbuceó.

— La ociosidad te pierde, amigo mío, continuó Teresa.

— Tu amor me encanta, dijo Pedro.

— Es preciso partir, Pedro ; dicen que va á haber de nuevo guerra.

— Sí, en efecto, contestó Pedro, todos dicen lo mismo.

— Y tú, amado mío, tú has roto ya las hostilidades.

— ¿ Qué quieres decir ? preguntó Pedro admirado.

Teresa le refirió el sueño de la noche anterior.

— ¡ Ah ! sí, en cuanto á eso tienes razón, es posible : toda la noche he soñado que estaba tomando un buque al abordaje.

— Y en el afán que tenías por esa lucha, por más que fuera imaginaria, he comprendido que el tiempo de nuestra vida pacífica y tranquila había pasado, que tu verdadera vida era desafiar y vencer los peligros, adquirir gloria ; así que, he adoptado ya mi resolución.

— ¿Cuál ?

— La de animarte á que te hagas á la mar lo más pronto posible.

— ¡ Tú, Teresa !... ¡ Tú... ! ¡ Dios mío !

— Sí, Pedro, la Providencia nos ha destinado dos trabajos diferentes : amigo mío, te he esperado siete años, y he sido feliz esperándote. Has venido y durante dos años has hecho de mí la mujer más feliz de la tierra. Vas á partir, Pedro, y esperaré de nuevo tu vuelta. Pero esta vez, esperaré al lado de la cuna de nuestro hijo, y el esperar me será mucho más fácil. Tengo que enseñarle muchas cosas para cumplir con él mis deberes de madre. Le hablaré de tí, le contaré tus combates, cuya fama llegará hasta nosotros.

Después iremos todos los días á la playa con la esperanza de que llegue uno en que veamos á lo lejos blanquear tu bergantín en el horizonte. Entonces, amigo mío, cumpliremos ambos ante el Señor los deberes que nos ha impuesto. Hombre tú, defenderás tu patria ; yo mujer, educaré á nuestro hijo, y el Señor nos bendecirá.

Pedro no era un enamorado muy expansivo, pero á estas últimas palabras creyó ver resplandecer el rostro de Teresa como el de la Virgen de Plancoet, y cayó de rodillas ante ella.

— ¿ Me prometes no sufrir con mi ausencia, alma mía ? la dijo.

— No sufrir, Pedro, respondió Teresa, sería no amarte. Sufriré, pero me acordaré que eres dichoso y tu felicidad me causará más alegría que pena me cause tu ausencia.

Pedro se arrojó en brazos de su mujer.

Después de haberla abrazado, se lanzó fuera de la casa y corrió las calles de Saint-Malo, llamando á todos sus antiguos marineros por sus nombres y encargando á su amigo

Pedro Berthaut que reuniese á todos los que él no había encontrado en la calle ó en sus casas.

Y á los ocho días, carenada, pintada de nuevo, con su antigua tripulación, bien conocida, aumentada con una veintena de hombres resueltos, con sus veinticuatro carronadas de á diez y ocho y sus dos cañones de á treinta y seis, la *Bella Teresa* zarpaba del puerto de Saint-Malo para volver de nuevo á aquellos mares de la India, donde Pedro Herbel había comenzado su terrible reputación de corsario, que contrabalaceaba ya la de su amigo y compatriota Surcouf.

Habiendo marchado el 6 de Mayo de 1802, desde el 8 del mismo mes la *Bella Teresa* capturaba después de una lucha de diez horas un negrero armado con diez y seis carronadas de á doce.

El 15 tomaba al abordaje un buque portugués de diez y ocho cañones y con setenta hombres de tripulación.

El 25 se enseñoreaba de un buque mercante con pabellón holandés, cargado con cinco mil sacos de arroz y quinientas toneladas de azúcar.

El 15 de Junio, en una noche parecida á la en que hemos visto al capitán Herbel echar á pique la *Calypso*, la *Bella Teresa* se apoderaba de un buque mercante inglés y lo mandaba bajo de la custodia de Pedro Berthaut, elevado momentáneamente al grado de teniente, á uno de los puertos de Francia.

En fin, á principios de Julio, después de diez y ocho combates y de quince presas, la *Bella Teresa* anclaba en la isla de Francia, de donde no volvió sino cargada de botín de todas clases hasta 1806, es decir, después de la batalla de Austerlitz.

Teresa había cumplido la palabra dada á su marido.

Todos los días había salido á la playa con su hijo, que tenía ya tres años ; de modo que en el momento en que los objetos se hacían perceptibles, Pedro Herbel pudo reconocer á lo lejos en la playa una mujer y un niño que le saludaban dándole la bienvenida.

Teresa había reconocido el brick de su marido mucho tiempo antes, no sólo de que éste la hubiera podido conocer, sino de que la hubiera podido distinguir.

CAPÍTULO II.

LA MALMAISON.

Llegó 1815.

Estamos en el 6 de Julio.

Waterloo humeaba todavía en el horizonte.

El 21 de Junio, á las seis de la mañana, Napoleón había vuelto al Eliseo.

El 22, el emperador firmaba esta declaración :

« ¡ Franceses !

» Al principiar las hostilidades para sostener la independencia nacional, contaba con la reunión de todos los esfuerzos, de todas las voluntades y con el concurso de todas las autoridades nacionales. Estaba seguro de triunfar, y he desafiado las declaraciones de todas las potencias enemigas. Las circunstancias parece han cambiado : me sacrifico pues en aras del odio de los enemigos de la Francia. Ojalá que sean sinceras sus declaraciones y que nada quieran de ella

más que mi persona. Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo bajo el título de Napoleón II, emperador de los franceses. Los ministros actuales formarán provisionalmente el consejo de gobierno : el interés que mi hijo me inspira me obliga á invitar á las Cámaras que organicen sin demora la regencia dispuesta por la ley.

» Dada en el palacio del Eliseo el 22 de Junio de 1815.

» NAPOLEÓN. »

Cuatro días después de firmada esta declaración, es decir, el 26 de Junio siguiente, Napoleón, casi en respuesta como se ve á su abdicación, recibía el siguiente decreto :

« La comisión de gobierno decreta lo siguiente :

Artículo 1º. El ministro de Marina dará las órdenes oportunas para que se armen dos fragatas en el puerto de Rochefort para transportar á *Napoleón Bonaparte* á los Estados Unidos.

Art. 2º. Le será dada hasta el punto de su desembarco, si lo desea, una escolta suficiente, á las órdenes del teniente general Becker, que está encargado de disponer lo necesario para atender á su seguridad.

Art. 3º. El director general de correos dará por su parte las órdenes necesarias para el servicio de relevos y postas.

Art. 4º. El ministro de Marina dará las órdenes necesarias para asegurar la vuelta de las fragatas después de verificado el desembarco.

Art. 5º. Las fragatas no saldrán del puerto de Rochefort hasta que hayan llegado los salvoconductos pedidos.

Art. 6º. Los ministros de Marina, de Guerra y de Ha-

cienda, cada uno en la parte que le corresponda quedan encargados de la ejecución del presente decreto.

» Firmado : — El duque de Otranto. — El conde Garnier. — El conde Carnot. — El barón Quinette. — Caulincourt, duque de Yicence. »

Al día siguiente, el duque de Otranto, en virtud de un nuevo decreto del gobierno, autorizaba al emperador para que pudiera llevar los efectos siguientes :

Un servicio de plata de doce cubiertos.

Un servicio de China llamado del cuartel general.

Seis mantelerías para doce cubiertos, adamascadas.

Seis servicios de mantelería ordinarios.

Doce pares de paños de primera clase.

Doce pares de paños de servicio.

Seis docenas de mantelillos de casa.

Dos sillas de posta.

Tres sillas y bridas de oficial general.

Tres sillas y bridas de picador.

Cuatrocientos volúmenes á escoger en la biblioteca de Rambouillet.

Varios mapas.

Y por último, cien mil francos para gastos generales del viaje.

Era el último regalo del emperador.

El mismo día, sobre las cuatro de la tarde, el general Becker, encargado de la custodia de Napoleón, ya se ha visto que no le llamaban ya el emperador, el mismo día, decimos, sobre las cuatro de la tarde, el general Becker recibía del mariscal, ministro de la Guerra, príncipe de Eckmuhl, la siguiente carta.

Esta al menos le llamaba todavía emperador y majestad,

péro como se verá, esto á nada le comprometía, y además ya se sabe lo que es la fuerza de la costumbre.

« Señor general :

» Tengo el honor de transmitir adjunto un decreto que la comisión de gobierno os encarga pongáis en conocimiento del emperador Napoleón, haciendo observar á S. M. que las circunstancias son tan imperiosas que se hace indispensable se decida á marchar á la isla de Aix.

» Esta decisión ha sido adoptada tanto por interés suyo como por el del Estado que tan precioso debe serle.

» Si al comunicarle este acuerdo, el emperador no adopta una resolución, ejerceréis sobre él una activa vigilancia, ya para que no pueda salir de la Malmaison, ya para prevenir toda tentativa contra su persona. Haréis guardar y vigilar todas las avenidas que desembocan en la Malmaison. Escribo al primer inspector de la gendarmería y al comandante de la plaza de Paris para que pongan á vuestra disposición la gendarmería y las tropas que necesitéis.

» Os reitero, señor general, que esta decisión ha sido tomada por interés del Estado y por la seguridad personal del emperador. Es indispensable su pronta ejecución ; la suerte de S. M. y la de su familia dependen de ella.

» No necesito recordaros, general, que todas estas medidas deben ser tomadas con el mayor sigilo.

» El mariscal ministro de la Guerra,

» PRÍNCIPE DE ECKMUHL.

Una hora después, el mismo general Becker recibía esta nueva carta del duque de Otranto.

Estaba dirigida al ministro de Marina y era enviada por el príncipe de Eckmuhl.

» Señor conde :

» La comisión os recuerda las instrucciones que os ha transmitido hace una hora. Es preciso hacer ejecutar el decreto tal como ayer lo decidió la comisión, y según el cual *Napoleón Bonaparte* permanecerá en la rada de la isla de Aix hasta la llegada de sus pasaportes.

» Importa al bien del Estado, que no debe serle indiferente, que permanezca allí hasta que su suerte y la de su familia se hayan arreglado de un modo definitivo. Se emplearán todos los medios posibles para que esta negociación le sea favorable.

» El honor francés está interesado en ello ; pero entretanto debéis adoptar todas las precauciones posibles para la seguridad personal de *Napoleón* y para que *no salga del retiro que momentáneamente se le ha señalado.*

» Firmado : EL DUQUE DE OTRANTO.

Desde el 25, á invitación de la comisión de gobierno, el emperador había dejado el Eliseo para retirarse á la Malmaison, palacio lleno aún todo él con los recuerdos de Josefina.

Á pasar de la carta del duque de Otranto y de las instancias del gobierno provisional, el emperador no se decidía á marchar.

El 28 de Junio dictaba esta carta al conde Becker.

Entiéndase bien, que aunque dictada por el emperador, el conde Becker cargaba con la responsabilidad de ella.

Estaba dirigida al ministro de la Guerra.

« Monseñor :

» Después de haber comunicado al emperador la deci-

sión del gobierno, relativa á su marcha para Rochefort, S. M. me ha encargado anuncie á V. A. que renuncia á este viaje, en atención á que, no estando libres las comunicaciones, no cree tener suficiente garantía respecto á su libertad personal.

» Además, al llegar á su destino, el emperador se considera prisionero, pues que su partida de la isla de Aix se halla subordinada á la llegada de los pasaportes, que sin duda le serán negados para dirigirse á América.

» Á consecuencia de esta interpretación el emperador está resuelto á esperar su sentencia en la Malmaison, y mientras que su suerte se decida por el duque de Wellington, á quien el gobierno puede anunciar esta resolución, *Napoleón* permanecerá en la Malmaison, persuadido de que nada se decidirá sobre él que no sea digno de la nación y del gobierno.

» CONDE BECKER. »

Se ve pues, que no se llamaba ya á *Napoleón Majestad*, pero que se continuaba dando el título de *Alteza* al príncipe de Eckmuhl.

Semejante respuesta debía naturalmente producir algunas medidas de rigor.

En el mismo día llegó un despacho.

Se creyó al pronto que se trataba de la marcha del emperador.

Napoleón le abrió y leyó lo que sigue :

Orden del ministro de la Guerra al general Becker.

« Paris, 28 de Junio de 1815.

» Señor general :

» Tomaréis una parte de la guardia que se encuentra en

Reuil á vuestras órdenes, é iréis á quemar y destruir completamente el puente de Chatou.

» Haréis destruir igualmente por las tropas que ocupan á Courbevoie, el puente de Bezons.

» Envío para esta operación á uno de mis ayudantes de campo.

» Mañana enviaré tropas á Sain Germán ; entretanto guardad vos este camino.

» El oficial portador de esta carta va encargado de traerme él mismo la relación de hallarse ejecutada ya esta orden. »

El general Becker esperaba la decisión del emperador. El emperador con la mayor calma le devolvió la carta.

— ¿Qué manda V. M. ? le preguntó el conde Becker.

— Haced que se ejecute esa orden al momento.

El general Becker obedeció.

Por la tarde el general Becker fué llamado á Paris.

El general marchó á las ocho de la noche.

El emperador no quiso acostarse hasta la vuelta del general.

Deseaba saber lo que había pasado entre éste y el ministro de la Guerra.

Á las once volvió el general.

El emperador le mandó á decir que le suplicaba pasase á su habitación.

— ¿Y bien ? le preguntó en cuanto le hubo visto, ¿ qué pasa en Paris ?

— Cosas muy extrañas, señor, y que costará trabajo á V. M. creerlas.

— Os equivocáis, general ; desde 1814 estoy curado del pecado de incredulidad. Decid, pues, lo que hayáis visto.

— V. M. tiene el don de adivinar, cuando me dice refera lo que he visto. Al llegar á casa del ministro salía de la casa del príncipe una persona en la que al pronto no reparé.

— ¿ Y quién era esa persona ? preguntó impaciente Napoleón.

— El príncipe se encargó de decírmelo, continuó el general.

— « ¿ Habéis visto al que salía ahora de aquí ? me dijo.

— » No he reparado en él, le contesté.

— » ¿ No ? Pues es Mr. de Vitrolles, agente de Luis XVIII. »

Napoleón no pudo reprimir un estremecimiento.

El general Becker continuó su relación :

— « Pues bien, mi querido general, prosiguió el ministro de la Guerra, Mr. de Vitrolles viene de parte de S. M. Luis XVIII (Luis XVIII era ya majestad), á presentarme algunas proposiciones, que he encontrado aceptables para el país, de modo que si á él las mías le convienen también, mañana subiré á la tribuna para exponer el cuadro de nuestra situación y dar á conocer la necesidad apremiante en que estamos de adoptar los proyectos que crea útiles á la causa nacional. »

— ¿ Según eso, la causa nacional ahora es la vuelta de los Borbones ó sea la restauración ?

— Así parece, señor. Señor mariscal, le contesté, os confieso que no puedo disimular mi admiración al veros adoptar una determinación que decide de la suerte del imperio en favor de una segunda restauración : cuidado con la responsabilidad con que cargáis. Hay todavía recursos para rechazar al enemigo, y la opinión de la Cámara des-

pués de su voto por Napoleón II no me parece muy favorable á la vuelta de los Borbones.

— ¿Qué contestó? replicó vivamente el emperador.

— Nada, señor, se metió en su gabinete y me mandó una nueva orden de marcha.

En efecto, el general traía una nueva orden en que se decía que si *Napoleón* no marchaba en el término de veinticuatro horas, no se respondía de su persona.

Pero el emperador permaneció como insensible á esta orden.

El que no debía admirarse de nada, se admiraba sin embargo de todo y en particular de una cosa.

Era de que el príncipe de Eckmuhl que negociaba con Mr. de Vitrolles la vuelta de los Borbones, fuera el que hubiera negociado con él su vuelta á Francia.

El príncipe le había enviado á la isla de Elba á Mr. Fleury de Chaboulon para llamar su atención sobre el estado de los negocios y para decirle que la Francia le esperaba.

Y en efecto cuando llegó la noticia del desembarco, el antiguo jefe de estado mayor de Napoleón estaba tan comprometido, que tuvo que ir á esconderse en casa de Mr. Pasquier, cirujano en jefe de los Inválidos, á quien había conocido en el ejército, y con el cual sabía que podía contar.

Napoleón se engañaba; había todavía cosas que podían admirarle más.

Dió la orden de marcha para el siguiente día.

Sigámosle á Rochefort, en donde nos encaminan también los sucesos de nuestra historia.

CAPÍTULO III.

LA PARTIDA.

Mientras se hacen los preparativos oficiales de la marcha del emperador, se verificaba una escena que podía tener las más graves consecuencias.

Uno de los que con más pesar habían visto la irresolución de Napoleón abatido bajo la mano de Dios, primero en el Eliseo y después en la Malmaison, era nuestro antiguo conocido Mr. Sarranti, que en este momento, bajo el peso de una sentencia de muerte que nuestros lectores no habrán olvidado, expiaba en un calabozo su desertión por la causa del emperador.

Después de la vuelta de éste no había dejado de repetir á su antiguo general que con un país como la Francia nunca nada está perdido.

Si los mariscales eran olvidadizos, si los ministros eran ingratos, si el Senado era infame, le quedaba el pueblo, le quedaba el ejército.

Era preciso arrojar lejos de sí todo esto, repetía incesantemente Mr. Sarranti, y en aquel gran duelo llamar en su apoyo al pueblo y al ejército.

El 25 de Junio por la mañana tuvo lugar un acontecimiento que parecía confirmar plenamente la opinión del austero é inflexible consejero.

Hacia las siete de la mañana, todos los proscritos de la Malmaison, los que habitaban este palacio entonces eran

ya llamados proscritos, se despertaron á los furiosos gritos de ; *Viva el emperador ! ; Abajo los Borbones ! ; abajo los traidores !*

Todo el mundo preguntaba lo que querían decir aquellas voces que no se habían oído desde el día en que el emperador había presenciado desde la ventana del Eliseo el desfile de dos regimientos de tiradores de la Guardia, alistados voluntariamente entre los obreros del arrabal de San Antonio y que pedían á voz en cuello que el emperador se pusiera á su cabeza y los llevara al combate.

Sólo Mr. Sarranti parecía estar al corriente de lo que pasaba.

Permanecía en pie, vestido, en la antecámara del emperador.

Antes que hubiera llamado para saber lo que era aquel ruido entró en la cámara.

Su primera mirada se dirigió á la cama.

La cama estaba vacía.

El emperador se hallaba en la biblioteca contigua á la cámara, sentado junto al balcón y con los pies apoyados en el alféizar de éste leía á Montaigne.

Al oír pasos :

— ¿ Qué hay ? preguntó sin volverse.

— Señor, le dijo una voz bien conocida, ¿ oís ?

— ¿ Qué ?

— Los gritos de ; *viva el emperador ! ; abajo los Borbones !...*

El emperador sonrió tristemente.

— ¿ Y qué, mi querido Sarranti ? dijo.

— Es la división Brayer que vuelve de la Vendée y que ha hecho alto frente á las verjas del castillo.

— ¿ Y qué más ? continuó el emperador con el mismo

tono, con la misma calma, ó mejor, dicho, con la misma indiferencia.

— Señor, que esos valientes no quieren ir más lejos ; han declarado que era preciso que se les devolviera á su emperador, y que si sus jefes no consentían en ser sus intérpretes para con V. M., ellos mismos vendrían á buscaros para que os pongáis á su frente.

— ¿ Y qué más ? replicó de nuevo el emperador.

Mr. Sarranti ahogó un suspiro ; conocía al emperador. No era ya calma, no era ya indiferencia, era desaliento.

— Pues bien, señor, dijo Mr. Sarranti, el general Brayer está ahí, y desea entrar para exponer á V. M. los deseos de sus soldados.

— Que entre, dijo el emperador levantándose y poniendo el libro, abierto aún, á su lado como si no hiciera más que interrumpir momentáneamente su lectura.

El general Brayer entró.

— Señor, dijo inclinándose respetuosamente ante el emperador, mi división y yo venimos á ponernos á las órdenes de V. M.

— Venis demasiado tarde, general.

— No es culpa mía, señor ; con la esperanza de llegar aun á tiempo para defender á París, hemos hecho jornadas de diez, doce, y hasta quince leguas por día.

— General, dijo el emperador, he abdicado.

— Como emperador sí, pero no como general.

Los ojos de Napoleón lanzaron un relámpago.

— Les he ofrecido mi espada y la han rechazado.

— ¿ Y quiénes son esos, señor ? Permitidme que os interrogué.

— Luciano, mi hermano.

— Señor, el príncipe Luciano, vuestro hermano, no ha

olvidado que el 1.º brumario era presidente del consejo de los Quinientos.

— Señor, insistió Mr. Sarranti, mirad bien esos diez mil-hombres que gritan bajo vuestros balcones ; *viva el emperador !* es el grito del pueblo, es el último esfuerzo de la Francia ; es más, es el último favor de la fortuna ; en nombre de vuestro hijo, en nombre de vuestra gloria...

— La Francia es ingrata, murmuró Napoleón.

— No blasfeméis, señor, una madre nunca es ingrata.

— Mi hijo está en Viena.

— V. M. sabe el camino.

— Mi gloria ha quedado sepultada en las llanuras de Waterloo.

— Recordad lo que decíais á la Italia en 1796 : la república es como el sol ; quien niega su luz es un loco.

— Señor, pensad que tengo diez mil hombres de tropas frescas escogidas, y que no han disparado un tiro...

El emperador permaneció pensativo un momento.

— Llamad á mi hermano Jerónimo, dijo.

Un momento después, el más joven de los hermanos del emperador, el único que le había sido fiel, el que borrado de la lista de los soberanos había combatido como soldado, entró pálido todavía á causa de las dos heridas que había recibido, una en *Quatre-Bras* y la otra en la quinta de *Hougoumont*, y de los trabajos que había experimentado para contener la retirada del ejército.

El emperador le tendió la mano.

Después, bruscamente y sin entrar en materia, le dijo :

— Jerónimo, ¿ qué tropas has entregado al mariscal Soult ?

— El primero, segundo y sexto cuerpo, señor.

— ¿ Reorganizados ?

— Completamente.

— ¿ Cuántos hombres ?

— De treinta y ocho á cuarenta mil.

— ¿ Y vos, decid, vos, general ? continuó el emperador volviéndose hacia Brayer.

— Diez mil.

— Y cuarenta y dos mil en manos del mariscal Grouchy : cuarenta y dos mil hombres de tropas de refresco.

— ¿ Tentadores ! murmuró Napoleón.

— Señor, señor, exclamó Mr. Sarranti juntando las manos, estáis en camino de salvación : adelante, adelante.

— Está bien ; te doy las gracias, Jerónimo : no te alejes, tal vez te necesite. General, aguardad mis órdenes en Rueuil : tú, Sarranti, siéntate en esa mesa y escribe.

El ex-rey y el general salieron saludando, ambos á dos llenos de esperanza.

Mr. Sarranti quedó solo con el emperador.

Se sentó, cogió la pluma y esperó.

— Escribid, dijo el emperador.

Después, añadió distraído :

— Á la comisión de gobierno.

— Señor, dijo Mr. Sarranti arrojando la pluma, no escribiré á esos hombres.

— ¿ Cómo que no escribirás á esos hombres ?

— No, señor.

— ¿ Por qué ?

— Porque todos ellos son enemigos personales de V. M.

— Me lo deben todo.

— Razón más, señor ; hay beneficios tan grandes, que sólo se los puede pagar con la ingratitud.

— Escribe, te digo.

Mr. Sarranti se levantó, saludó y puso la pluma en la mesa

— ¿Y bien? dijo el emperador.

— Señor, no estamos ya en el tiempo en que los vencidos se hacían matar por sus esclavos: escribir á la comisión de gobierno, es mataros más seguramente que si os hundiera un puñal en el pecho.

Después, viendo que el emperador no respondía, añadió:

— Señor, lo que es preciso blandir es la espada y no la pluma: á quien es preciso llamar es á la nación y no á hombres que, lo repito de nuevo, son enemigos vuestros: que sepan que habéis batido al enemigo cuando os creían en el camino de Rochefort.

El emperador conocía á su compatriota y sabía que nada le haría ceder, ni aun una orden suya.

— Está bien, dijo; enviadme al general Becker.

Mr. Sarranti salió y poco después entró el general Becker.

— General, dijo Napoleón, os anuncio que he suspendido mi marcha por algunas horas, á fin de enviaros á París para someter nuevas proposiciones al gobierno.

— ¿Nuevas proposiciones, señor? preguntó el general admirado.

— Sí, dijo el emperador; reclamo el volver á tomar el mando en jefe del ejército en nombre de Napoleón II.

— Señor, dijo el general, me atreveré á haceros observar respetuosamente que semejante mensaje sería mejor desempeñado por un oficial de la casa imperial que por un miembro de la Cámara, por un encargado del gobierno, cuyas instrucciones se limitan á acompañar á V. M.

— General, replicó el emperador, tengo completa confianza en vuestra lealtad, y á causa de esto os encargo con preferencia este mensaje á vos que á cualquier otro.

— Señor, puesto que mi abnegación puede ser útil en

algo á V. M., respondió el general, no dudo un momento y obedezco; pero quisiera llevar escritas mis instrucciones.

— Sentaos ahí, general, y escribid.

El general se sentó en el sitio de que se acababa de levantar Mr. Sarranti, y cogió la pluma dejada por aquél.

El emperador dictó y el general Becker escribió.

Á la comisión de gobierno.

« Señores:

» La situación de la Francia, los votos de la nación y los gritos del ejército reclaman mi presencia para salvar la patria. No es como emperador, sino como general como reclamo el mando del ejército.

» Ochenta mil hombres se reúnen sobre París; son treinta mil más de los que nunca tuve bajo mis órdenes en la campaña de 1814, y sin embargo luché tres meses contra los grandes ejércitos de Rusia, Austria y Prusia, y la Francia hubiera salido victoriosa de aquella guerra á no ser por la rendición de París. Son, por último, cuarenta mil hombres más de los que tenía cuando atravesé los Alpes y conquisté la Italia. Después de haber rechazado al enemigo, empeño mi palabra de que saldré para los Estados Unidos á cumplir mi destino.

» NAPOLEÓN. »

El general Becker no hizo la menor observación. Como soldado comprendía que todo aquello era posible. Marchó.

Napoleón esperó su vuelta con ansiedad.

Era acaso la primera vez que los músculos de su rostro hacían traición á la agitación de su alma.

Con la actividad de su inmenso genio, todo lo había reparado: todo lo había vuelto á levantar: dictaba una paz si no gloriosa al menos honrosa, y cumplía la palabra empeñada: salía de Francia, no ya como fugitivo, sino como salvador.

Durante dos horas alimentó este brillante ensueño.

Durante este tiempo el general Becker desempeñaba su comisión.

La mirada de Napoleón se dirigía constantemente á la avenida por donde debía volver el general: su oído estaba atento al menor ruido.

Dirigíanse sus ojos y se fijaban con placer en su espada colocada sobre los brazos de su sillón: comprendía por fin que aquel era su verdadero cetro.

Todo podía aún repararse: la llegada de Blucher, la ausencia de Grouchy. El gran sueño de 1814, de una batalla que, bajo los muros de París, destruyera el ejército enemigo, este gran sueño podía aún realizarse.

Sin duda los hombres á quienes se dirigía lo comprenderían como él: como él pondrían en un lado de la balanza el honor de la Francia y del otro su abyección, y no dudarían.

Una cosa como un relámpago pasó ante los ojos de Napoleón y le deslumbró.

Era el reflejo del sol en los vidrios de un carruaje.

Éste se paró.

Un hombre se apeó de él.

Napoleón pasó su mano por su frente, y apoyó la otra sobre el pecho.

¿No era necesario que volviera á ser de mármol?

El general entró.

— Y bien, ¿qué? le preguntó con viveza Napoleón.

El general Becker se inclinó sin responder y presentó un pliego al emperador.

— ¿Qué es esto? replicó el emperador cogiendo maquinalmente el papel.

— Señor, dijo el general Becker, al presentarme á V. M. con el triste aspecto que lo hago, V. M. puede leer en mi rostro, y creo hacérselo presentir, que no he conseguido salir bien con la misión que me había confiado.

El emperador desdobló lentamente el papel que el general Becker le entregó, y lo leyó en alta voz.

Era un nuevo despacho del gobierno provisional.

Decía así:

« El gobierno provisional no puede aceptar las proposiciones que le hace el general Bonaparte, y sólo tiene que dar un consejo á éste, el de partir sin demora, en atención á que los prusianos marchan sobre Versalles.

» DUQUE DE OTRANTO. »

El emperador leyó estas líneas sin que un solo músculo de su rostro hiciera traición á la emoción interior que sentía.

Después, con voz perfectamente tranquila:

— General, dad las órdenes oportunas para la marcha, y cuando estén ejecutadas, avisadme.

El mismo día á las cinco de la tarde el emperador dejaba la Malmaison.

Al estribo del carruaje halló á Mr. Sarranti que le ofrecía para apoyarse aquel brazo que nunca flaqueaba.

— Á propósito, preguntó Napoleón colocando su mano sobre aquel brazo, ¿han prevenido al general Brayer que podía continuar su marcha sobre París?

— No, señor, dijo Mr. Sarranti, y todavía es tiempo.

Napoleón movió la cabeza.

— ¡ Ah ! señor, añadió Mr. Sarranti, veo que no tenéis fe en la Francia.

— Si tal, contestó Napoleón, en lo que no tengo fe es en mi genio.

Y montó en el carruaje cerrando la portezuela en pos de él.

El carruaje partió al galope.

Tratábase de llegar á Versalles antes que los prusianos.

CAPÍTULO IV.

ROCHEFORT.

El 3 de Julio, el mismo día que el enemigo entraba en París, el emperador entraba en Rochefort.

Durante todo el camino Napoleón estuvo triste, pero tranquilo.

• Habló poco.

Algunas palabras que se le habían escapado indicaban la dirección de su pensamiento.

Como la aguja de la brújula persiste en volver siempre hacia el Norte, su pensamiento persistía en volver siempre hacia Francia.

Pero de su mujer y de su hijo ni una palabra.

Sólo de cuando en cuando solía tomar un polvo de rapé en la tabaquera del general Becker.

Al hacer esto vió que aquella tabaquera estaba adornada con un retrato de María Luisa.

Creyó engañarse y se inclinó para verla.

El general comprendió y alargó la tabaquera al emperador.

Éste la tomó, la miró un momento y la devolvió sin decir palabra.

El emperador se apeó en la prefectura marítima.

Una postrera esperanza, mejor diremos, una postrera convicción le quedaba.

La de ser llamado por el gobierno provisional.

Algunas horas después de su llegada, llegó un correo con una carta de la comisión de gobierno.

Estaba dirigida al general Becker.

El emperador dirigió una rápida mirada al sello, que reconoció, y esperó con impaciencia á que el general la abriese.

El general comprendió el deseo del emperador.

La abrió.

En este tiempo el emperador cambiaba una mirada con Mr. Sarranti, que había traído la carta.

En la mirada de Mr. Sarranti estaban escritas visiblemente estas palabras :

— Necesito hablaros.

Pero el pensamiento de Napoleón estaba en otra parte.

Aunque había leído en el pensamiento de su compatriota, su imaginación le llevó hacia el despacho que acababan de traer.

El general lo había leído ya, y viendo el deseo del emperador de leer á su vez, se lo alargó silenciosamente.

Se juzgará por su lectura de si era á propósito para confirmar las esperanzas del que proscrito ya de Francia, iba á ser prisionero.

Hé aquí el texto de este despacho.